

Querido Quico Rivas:

Como decía Groucho Marx en aquella loca película: «Todo me recuerda a usted, excepto usted». No te haces idea de la cantidad de artículos, entrevistas, exposiciones, documentales y programas de televisión que he leído y visto en los últimos años en los que sale tu nombre. Te me apareces por todas partes no habiéndonos nunca visto, aunque estoy seguro de que en algún momento nuestras almas coincidieron en un mismo lugar y tiempo, quizás en La Carbonería, años ha, cuando yo aún no sabía de tu existencia. En qué momento supe de ti no lo tengo ahora muy claro, pero juraría que mi interés por tus correrías surgió tras la publicación de aquella biografía maldita sobre Pedro Luis de Gálvez¹. Te hará gracia saber que conocí a tan magno personaje por la fantástica novela (tú mismo lo reconocías) que escribió Juan Manuel de Prada². Fíjate si era joven e iletrado.

La cosa es que, de haberte conocido, querido Quico, te habría machacado a preguntas. ¡Hay tantas leyendas a tu alrededor! Nada me hubiera gustado más que sentarme a tu lado y charlar contigo, escuchar en directo esa risita entre nerviosa y maquiavélica que gastabas, y quizás por eso te escribo ahora,

invocándote de algún modo, con la mera intención de que me ilumines, de que me muestres al menos el camino de salida, pues aquí me encuentro atrapado entre los escombros de tu archivo personal (¡doscientas cincuenta cajas!) que con gran acierto puso tu hija Eva en manos del Reina Sofía. Menos mal que se te quemó una buena parte³... Bromeo, claro, pues aquel incidente hará más difícil recomponer con detalle tu vida, tan fascinante. El museo, las cosas como son, te ha estado dando tu sitio en los últimos años y puso hace no mucho a los alumnos de su máster a husmear en tus papeles con idea de comisariar luego una exposición a partir de seleccionados materiales. Se fijaron, y esto te hará ilusión saberlo, en uno de tus eternos *works in progress*, aquel sobre las cárceles que por un pelo no llegó a materializarse⁴. Curiosa combinación en todo caso la de las palabras «archivo» y «cárcel» —con ellas bautizaron la muestra⁵—, ya que describen bien cómo me siento ahora, perdido entre tanta información, a pesar de los esfuerzos de catalogación realizados hasta la fecha. Y aquí viene la sorpresa, querido Quico, el motivo último por el que te estoy escribiendo esta absurda carta que sé a ciencia cierta no puedes leer, pero que pienso dejar abandonada en el interior de la caja 43, donde he encontrado cosas que estoy seguro no debería haber visto. ¿Cómo ha podido tu familia olvidar aquí documentación tan delicada? Están muchos de tus diarios

personales, numerosas cartas y fotografías, *memorabilia* varia de tus correrías en la clandestinidad... ¡Hasta un manuscrito de una novela inédita⁶! Te reconozco que si me lancé a por esta caja primero fue por el morbo de acceder a las tripas de aquella descacharrante trifulca que durante años os pegasteis Andrés Trapiello y tú un poco a la remanguillé⁷. Mi gozo, por esa parte, en un pozo. Nada he encontrado sobre aquello. A cambio, ¡oh!, el tesoro con el que me he topado no puedo sino comentarlo ahora mismo contigo. Vayamos, con todo, por partes, dado que el material es ingente. Y succulento.

Empecemos por el principio, Quico Rivas querido. Tengo la sensación de que tu infancia fueron recuerdos de un patio de Sevilla⁸, pero sobre todo de un parche en el ojo. Con qué virulencia te lamentas en algunos escritos de tu maldita mala vista, del hecho de haber nacido con ambliopía, estrabismo, hipermetropía, astigmatismo y no sé cuántas cosas más, que te obligaron a estar hasta los diez años con el ojo derecho tapado por un esparadrapo. Su olor te producía una repugnancia insoportable y durante muchos años tuviste pesadillas con gente que te torturaba y te vencía precisamente con un simple apósito. Seguro que aquel trauma marcó irremediamente tu forma de mirar el mundo. La mirada se te quedó oblicua de por vida, a pesar de las operaciones. Tengo entendido, de hecho, que, en verdad, nunca viste bien por ese ojo

maldito. Me imagino también que detrás de los llantos y los emplastes que las legañas te producían latía una rabia incontrolable por no poder leer. La lectura, y aquí se ve claro, fue siempre para ti una suerte de obsesión. Si tu madre estaba encima todo el tiempo evitando que te quitaras el parche, tu padre parecía empeñado en boicotear el tratamiento proponiéndote sin parar lecturas a las que claramente no eras capaz de decir que no. Me he quedado muerto con eso que dices de que te pagaba un duro por cada artículo del Código Civil que te aprendías de memoria. Hay por aquí de hecho un papelito conmovedor, titulado «Lo que realmente leí gracias a mi padre», y ahí están *La Ilíada*, *La vida es sueño* o *El lazarrillo de Tormes* junto a las obras completas de Oscar Wilde, los *Trópicos* de Henry Miller, *El extranjero* de Camus, *La náusea* de Sartre, así como algunas obras escogidas de Marx y Engels, las introducciones al materialismo histórico y dialéctico de Konstantinov, la *Historia de la filosofía* de Russell, los casos clínicos de Freud y hasta *El libro del Tao*. Buen batiburrillo, amigo, impropio desde luego para un adolescente.

Si tus lecturas de quinceañero desconciertan, más creo que lo hará el hecho de saber que fue también tu padre, quizás sin querer, quien te metió en la mollera lo de la política. ¿Por qué si no te llevaría de la mano a esa reunión clandestina? No me cabe duda de lo emocionante que debió de ser para ti verlo allí

envalentonado, delante de esos trabajadores del campo, haciendo valer su título de conde de la Salceda ante la Guardia Civil, escamada por ver semejante congregación en mitad de ningún sitio. Y luego está la detención de aquel compañero suyo de trabajo, al que te refieres en tus escritos como «el primer comunista del que tuve noticia». Empezaste así a ver, muy pronto, lo excitante que podía ser la vida en clandestinidad. Pero lo más impactante de todo ha sido saber que tus primeros coqueteos con esa clandestinidad lo fueron en el seno de los llamados Círculos José Antonio, defensores de un falangismo de primera hora, para los que llegaste a repartir octavillas en la puerta de tu instituto por influjo, curiosamente, de otro conocido de tu padre. ¡Menudas amistades se gastaba tu viejo!

Todas estas «precocidades» se suceden en paralelo a tu paso por los Scouts, siempre acompañado por tu querido primo Paquico, a quien considerabas un hermano, y por tu querido amigo de infancia Diego Carrasco. Lo curioso es comprobar cómo con los Scouts ya conspirabas, promovías purgas y escisiones, y te dedicabas a hacer tus primeras revistillas⁹, donde además de resaltar el ideario de la tropa y las normas que regían su férreo funcionamiento interno te dio por incluir una sección humorística que, he de reconocer, me ha arrancado alguna que otra carcajada. He encontrado por aquí también una serie de viñetas sueltas que demuestran tu innegable interés por el

dibujo y una temprana preocupación crítica por los asuntos sociales. Muy impactado me han dejado las historietas de tu Fray Avaris, deleznable personaje con túnica, seguramente inspirado en algún sacerdote de tu colegio, que con tanto desdén trataba a los pobres. De tus tiempos como *scout* hay también en la caja algunas fotografías, realmente entrañables. Se te ve en ellas casi siempre tirado por el suelo con un libro entre las manos.

Supongo que tanta dispersión terminó afectando a tu rendimiento escolar. Tengo aquí delante tu expediente. Pasaste de ser un buen o incluso notable estudiante, a suspender tres asignaturas en un año. Tiene gracia que la única asignatura con calificación de sobresaliente que te veo fuera la de Religión. En tu descargo habría que señalar que para entonces estudiabas los bachilleratos de Ciencias y Letras a la vez. ¿Cómo te dio por ahí? La cuestión es que aquellos suspensos inesperados no te salieron gratis, pues te conminaron a pasar todo un verano en San José de Campillos, donde tanto sufriste. Me imagino que en aquel internado, tan estricto, echarías de menos a tu mayordomo y a tus doncellas, que con tanto mimo te lo hacían todo.

Hablo de mayordomos y doncellas, sí, y quizás sea justo hacer algunas consideraciones previas sobre el pasado aristócrata de tu familia. Por aquí he encontrado, de hecho, un bosquejo de tu árbol

genealógico. Por la línea paterna, habría quizás que destacar primero a tu tatarabuelo, Francisco de Paula de Rivas y Ramírez de la Piscina, primer conde de la Salceda, título que obtuvo, al parecer, de manos del mismísimo Carlos de Borbón. Su hijo Adolfo casaría luego con Pilar de Jordán de Urríes y Azara, tu bisabuela, que llevaba en la sangre los linajes del marquesado de Ayerbe y el condado de Bureta. Y por la línea materna, no debe olvidarse que tu madre era hija de Antonio Romero-Valdespino y Vergara, caballero de la Real Orden Militar de Calatrava y sobrino del general Miguel Primo de Rivera, a la postre tutor de tu abuelo materno, quien se educaría en parte junto a su primo José Antonio Primo de Rivera (y esto quizás explique tus primeros coqueteos falangistas...). Con todo, el último conde de la Salceda que llevó el título con cierto orgullo diría que fue tu abuelo paterno, Francisco Rivas y Jordán de Urríes, gobernador civil en tiempos de Franco y un personaje sin duda interesante, entre otras cosas por lo alejado ideológicamente que estarías de él. Apenas tuviste tiempo de conocerlo, pues veo que murió siendo tú un niño. Entiendo de hecho que el nombre te cayó por el suyo¹⁰. Para cuando naciste, esto también debe indicarse, todo este rancio abolengo te llegó ya un tanto mermado. Cada herencia, por lógica, implicaba inevitablemente desmembramientos varios del patrimonio familiar, pero qué duda cabe de que para muchos resultará

chocante saber de ello teniendo en cuenta tus posteriores derivas. ¡Un conde anarquista! Reconoce que siempre te gustó hacer estallar las cosas desde dentro.

Criado como te criaste en un chalet podríamos decir que de lujo, donde convivías, como ya he dicho, con todo un cuerpo de servicio doméstico que giraba a tu alrededor para cuidarte a ti, a tu ojo malo y a tus cuatro hermanos, no podrías ahora negar que viviste una infancia entre algodones. Pero también, añadiría yo, rodeado de mucha exigencia, mucho estudio y un gran respeto por la cultura. No hay que olvidar que tu madre regentó durante algún tiempo la Academia Almenara, donde, por cierto, conocerías a tu querida Rosa. Destacas en algún escrito, no obstante, lo importante que fue para tu primera formación artística tu tío Pablo, custodio de la que quizás fuera la pinacoteca privada más impresionante que hubo en tu familia, sobre la que tanto luego te interesaste¹¹.

Sigo viendo más fotos tuyas de cuando tenías quince años y me siguen fascinando tu estrabismo, tus gafas de culo de botella, tu cara de niño bueno y malo a la vez. Me encantan esas otras en las que sales haciendo el tonto con una guitarra de palo estilo rococó y encuentro al lado otro papelito conmovedor de ese mismo tiempo donde le dejás saber a una chica cuáles son tus gustos musicales: Jimi Hendrix, Cream, Simon & Garfunkel, Joan Baez, Otis Redding, Wilson Pickett, Moody Blues... ¡Vaya! Aunque algo

me dice que quizás tu primo Paquico, ya metido de lleno en el ambiente hippie de la ciudad, amigo del célebre locutor Joaquín Salvador (ese que años más tarde te la montaría bien montada...), tuviera que ver con tan fina selección. No te culpo de que quisieras fardar un poco entonces con tal de ligar, ¿eh? Algunas historias cuentas aquí sobre el Botellón Study, simpático nombre con el que bautizaste el lavadero que había en la azotea de tu casa, suerte de estudio de dibujo con vocación de ser alguna cosa más... Y tranquilo, que lo de la tal Anita me lo llevo a la tumba.

«Teníamos las hormonas aún más revueltas que las ideas políticas», escribes por algún sitio, y me agarro a esa idea para entender mejor todo el tema este de la UDEEM, primeras siglas políticas a las que te adscribirías con conocimiento de causa¹². Te captó entonces tu primo Paquico (*again*) bajo el patrocinio de ese otro gran personaje que es Miguel Castilla, a quien con tanto cariño recuerdas en tus papeles. El amigo Castilla, en cambio, todavía te echa en cara que le corrigieras una vez un texto sobre Marx. «Pocas veces la conciencia política y los imperativos libidinosos trabajaron con tanta sincronía y entusiasmo», llegas a afirmar al referirte a él, y lo haces, con tan poquísima vergüenza, para contar cómo captasteis un día a dos chavalitas del instituto Murillo con las que acabasteis «discutiendo» sobre marxismo y educación mixta, y hasta aquí nos dejas leer.